

vo entusiasmo, a pesar de la oposición y los sarcasmos de los pueblos vecinos, y en especial de los samaritanos, que decían al ver las murallas de la ciudad: «Una raposa que acierte a venir las pasará de un salto.» A la ironía siguió la violencia, pero el gobernador había tomado todas las precauciones. Para asegurar el fruto del esfuerzo dispuso que parte de los jóvenes ejecutasen su trabajo con la espada al cinto, «de suerte que con una mano trabajaban y con la otra sujetaban las armas; los demás, entretanto, defendían las entradas y portillos con lanzas, escudos, ballestas y lórigas. Entre todos ellos caminaba Nehemías, vigilando las obras y alentando a los guerreros, sin quitarse los vestidos más que para bañarse. Metódico, obstinado y apoyado por el favor del Rey, terminó las defensas, completó la decoración del Templo y levantó casas y palacios. En sus últimos tiempos recibió el apoyo entusiasta de un nuevo grupo de inmigrados, que venían de las riberas del Éufrates, y entre los cuales se distinguía un joven descendiente de Aaron, llamado Esdras, que se distinguía por su talento, por su fervor religioso y por su prestigio sacerdotal.

Vino después la empresa más difícil, la de la restauración espiritual, la de la implantación del reino de la ley. Doctor y sacerdote, tuvo Esdras una participación especial en esta segunda etapa de la resurrección de la nación. Aprovechando la fiesta del comienzo del año, que congregó en Jerusalén al pueblo de toda Judea, le leyó la ley de Moisés, que estaba casi olvidada, acompañando la lectura con exhortaciones y comentarios, que la concurrencia recibió con abundancia de lágrimas y gemidos y con un firme propósito de reanudar la antigua alianza de Yahveh con Israel. Entre los resultados obtenidos hay que recordar la fidelidad a la

observancia del sábado, la revigorización de las prescripciones litúrgicas, la supresión de los matrimonios mixtos y la expulsión de las mujeres extranjeras, que trajo consigo la de los hebreos, que, como Manasés, hijo del sumo sacerdote Joiada, no quisieron separarse de ellas. Esta última reforma es particularmente significativa, pues viene a confirmar la tendencia puritana de los inmigrados, resueltos a ser un pueblo de separados, separados de los paganos, de los samaritanos y hasta de los compatriotas, que no se atienen estrictamente a la letra de la ley.

En este ambiente va a desarrollarse, como una floración de la semilla plantada por Esdras, una institución, que aparecerá al principio como auxiliar del Sanedrín o Consejo del gran sacerdote, y que acabará por suplantarle: la de los escribas y rabinos. Durante el destierro, la función de interpretar la Ley, encomendada por Moisés a los sacerdotes, había adquirido una importancia nueva, ya que la Torah era como la encarnación de la patria, suprimida temporalmente, pero no muerta. Fué en los países de la deportación donde Esdras aprendió a leer y comentar los libros sagrados. A los escribas de carácter sacerdotal se juntarán otros de origen laico, procedentes al principio de la casa del Rey, como Nehemías. Y así los dos grandes restauradores serán como los padres y modelos de aquella clase de hombres destinados a tener en la nación la influencia que antes tenían los profetas. El autor del *Eclesiástico*, Jesús de Sirach, hace grandes elogios de aquel que se entrega al estudio de la ley del Altísimo, y está llamado a gozar de los abrazos de la Sabiduría. El mismo era uno de esos doctores, que habían pasado por la academia rabínica, donde se daban consignas de prudencia práctica y terrena, se interpretaban las prescripciones jurídicas, se apren-